

te?

El Sr. Mejía sonrió y acariciándose las patillas con las dos manos, respondióme:

El General González, sí, Sr Lerdo. Qué opinión Ud de él?

—Hombre, nada! me he propuesto no juzgar la política de México mientras viva.

—Lo siento, Sr Lerdo, y vamos á otra cosa:

¿No sabe Ud que murió hace poco tiempo la esposa del Gral Díaz?

—Malol era ella una buena señora, que quitaba de la cabeza de su marido muchas buenas intenciones. La ambición de los hombres mata á las mujeres. Cuántos no son uxoricidas Sr Mejía inconscientemente! Supongo que el Sr Díaz llorará como no ha llorado hasta hoy, con sincero llanto. Quedarse viudo á los 60 años no debe ser muy agradable; por que en la juventud se puede reemplazar cuando se pierde la media naranja, mientras que en la vejez.....

Al pronunciar yo estas palabras la fisonomía del Sr. Hámeken se había alterado visiblemente: yo proseguí sobre el tema del amor, en sentido abstracto para alejarme más de la personalidad

que mi interlocutor parecía quererme meter por los ojos.

—¡Los viejos! Heine decía que las "doncellas" huyen de los cabellos blancos como las golondrinas de los témpanos de hielo. Somos cuerpos que el amor rechaza.....[1]

El amor, palabra sublime á los 20 años y sinistra á los sesenta.

Tornó á sonreír el Sr Mejía, y clavando sus ojos investigadores en los míos, díjome, cortando de plano mi pesimismo sobre la edad funesta.

—Y ha escrito á Ud el Sr. Romero Rubio?

—Diré á Ud; se han enfriado algo nuestras relaciones desde el negocio de Veracruz..... ya sabe lo del 25

—Es un hombre de talento.....

—Mucho, quizá demasiado talento.

—Hombres como Ud. y él deberían servir á la patria.

—Muchas gracias.

—Y se ofendería Ud si le hablara con más

[1] REISBEBILEER. Página 287. Edición de 1863. París:

llaneza?

—Diga Ud.

—El Gral Díaz desearía que fuera Ud de ministro de México á España.

La proposición era tan original tan intempestiva y absurda que tuve que hechar mano á un cigarrillo para dominar mi emoción.

—Pero el Sr Díaz está en su cabal juicio? le repliqué.

Don Jorge se puso encendido.

Yo continué:

—Ahora que reflexiono, no me parece la idea del todo absurdael cólera está haciendo terribles estragos en España ... Excelente idea de despacharme á España. ¡Tiene unas ocurrencias el Sr. Díaz

—Permítame Sr, Lerdo...

—Nada, hombre, dígame al Sr, General que se lo agradezco.

—Pero si no es él quien hace la oferta..... ¿Quién es?

El Sr Don Manuel Romero Rubio.

Ha dicho Ud Romero ¿qué?

Romero Rubio!

Era yo víctima de una diabólica mistificación? El enemigo mortal del Sr. Díaz, todavía ayer, ofrecirme hoy un puesto en el gobierno de ese mismo Sr...!

Y proseguí:

—No entiendo á vd!

El Sr. Hámeken hizo un esfuerzo para dominar su emoción, y lentamente y con palabra fría é incisiva fué diciendome:

—El Sr. Romero Rubio ha hecho las paces con Don Porfirio, se han abrazado!

—Abrazado! y querrá vd. decirme quién operó ese milagro? porque milagro es.

—Un servidor de vd.! Yo llevé al Gral. Díaz á la casa del Sr. Romeró Rubio la noche del....

—Ah!

Y se abrazaron dice vd.

—Dos veces!

—Ah.....

—Y pocos días después, el Sr. Romero Rubio dió una tertulia en su casa de la calle de Sn Andrés, é invito á Don Porfirio y Don Porfirio bailó una mazurca con la Srta. Carmen.....

Ah.....

—La reconciliación es completa: el Sr. Romero Rubio ha sido nombrado Senador

—Ah!

El joven Sr. Hámeken me miró casi compasivamente, é irguiéndose en la silla, concluyó con inflexión triunfante:

—Y se casan!

—Quiénes, hombre, quiénes?

—D. Porfirio Díaz y Carmen Romero Rubio!

—Ah.....y vd. arregló el.....matrimonio?

—No precisamente, pero.....

En esos momentos llamaron á la puerta: era el Sr. Consul Navarro, que para economizar el fuego en su casa, venía á calentarse en mi chimenea.

El Sr. Hámeken se despidió.....¡no lo volví á ver más.

* * *

Cuando estuvimos solos dije á mi compadre el Sr. Navarro:

—El hombre que llora se casa;

—Se casa!!!!

—Y con una jovencita.....

—Pero hombre si es más viejo que yo, es ya un abuelo.....

—Pues es tan cierto que se casa, como lo es que va vd á tomar un chocolate.

—Cosas del diablo, compadre y amigo Don Sebastián, cosas del diablo!—Pero venga un traguito de coñac, que hace un frio.....

—Prrrr rrr! hacé un frio.....

XIII

LA GRAN EVOLUCION

El frio arreciaba; el Sr. Mejía, una vez en la calle, subió en un coche, perdiéndose á la vista entre los torbellinos de nieve y el pálido crepúsculo de la noche invernal.

—Con que—comenzó el Sr. Navarro después de echar un puñado de carbones en la llameante estufa:—¿no sabía vd nada de lo que ese joven le ha revelado hoy? ¿Ni la viudez de D. Porfirio ni sus buenas intenciones para casarse otra vez, ni la naciente privanza, del Sr. Romero Rubio?

—Nada! nada! contestéle con cariñosa impaciencia.

—Ustedes, los hombres de genio, suelen desconocer este portentoso elemento de transformación LA MUJER. Creen que el mundo moral se rige por las ideas; y el físico por los átomos: fuera de esos dos principios, el ideológico y el cósmico, no admiten ninguna fuerza de impulsión y evolución. Voltaire con todo su talento, nunca sospecho en lo femenino un gran factor histórico. Uds. los solterones amigo y señor Don Sebastián, colocan á la mujer en lugar secundario cuando se trata de resolver los problemas políticos. ¡Austeros y castos soñadores, que equivocan la sombra con el cuerpo que la proyecta, la pólvora, la imprenta, el vapor y la electricidad son descubrimientos puramente materiales: han modificado la inteligencia cultivado el espíritu y ensanchado la prosperidad, ciertamente, pero han dejado las pasiones humanas en toda su primitiva feocidad. Se mata, se envenena, se roba y se ama al presente como se amaba, se envenenaba, se robaba y se mataba en los tiempos de Fredegunda. La forma ha cambiado es verdad, pero en el fondo hay semejanza.

El Sr Navarro es un indio que despunta de

agudo y de ladino; yo le escuchaba atentamente, sin sospecha á donde irían á parar.

Encendimos un cigarro en el mismo fosforo, bebimos un traguito de coñac en distintas copa, y el Sr. Cónsul prosiguió:

—A hombre práctico no hay quien me aventaje, tengo setenta años, y 25 en mi empleo y á esa edad, me siento tan fuerte como un toro de cuatro primaveras, y tan feliz como un muchacho de dieciocho. Mis cabellos se han blanqueado y mis dientes se han ennegrecido: poseo trescientos mil pesos, y estimo cada peso como un día de vida: ¿Llegaré á centenario? Así lo espero. El corazón se me ha encallecido: no quiero á nadie, exceptuando á mi segunda mujer y el recuerdo de la primera. La patria me interesa poco: y los patrioteros, casi nada; si puedo evitar que un hombre asesine á otro, no lo hago. Soy hasta cierto punto, un egoísta monstruoso, pero lógico.

—Pero Ud, era un hombre sincero, tierno y compasivo cuando yo lo conocí en México al lado des Comonfort y Doblado....

—Es verdad, pero debíase todo á mi primera

mujer, que como vd recuerda, murió de vomito en Orizaba juntamente con mi hija..... los ojos del Sr Navarro sé velaron de lágrimas. Esa desgracia sacudió tan rudamente mi espíritu que concluí por quemar lo que adoraba y adoraba lo que quemaba.

—Otra copita, Sr Navarro.

—Tenga otra que este frío va quemando más de lo yo quisiera.

Y continuó.

—El Gral. Díz hasta 875 era lo que llaman en inglés un coarse man low fellow esto es un hombre ordinario, grosero y rudo. pero no sin alguna hidalguía en varios de sus procederés: Dábanse sus buenas y pocas acciones á su primera esposa la Sra Ortega Reyes? Cuando era comandante militar de la Plaza de Oaxaca e-ta Sra le evitó la consumación de muchos crímenes: entonces el homo duplex no ostentó toda su magnificencia exterminadora, su imperdonable doblez permanecía en estado latente. Triunfó por una chiripa: su posición de presidente le obligó á moverse en un círculo superior á suyo: si perseguido se tornó en perseguidor e

despreciado en enzalzado; el humilde en soberbio el andariego en poltrón; el sóbrio en sibarita; el audaz en medroso; el casto, en sensual. El pobre hombre llegaba á la Presidencia á los cincuenta años: estaba sediento de todo, hasta de los go es plácidos y tranquilos de la familia que nunca los habia disfrutado en su carrera de trágicas aventuras. Todo le pareció nuevo y novísimo como á los primeros salvajes que llevó Colón de América á Europa, las suntuosidades de la Corte de Isabel. El poder lo intoxicó, y la atmósfera de lujo lo enervó: de tal manera debió impresionar su imaginación esa metamórfosis, que hubo de trastornarle el ánimo y dar al traste con sus buenas intenciones. Esa especie de transfiguración moral debió ser precedida por la física: hay quien credera que ya en el poder, se daba humos con su humilde familia oaxaqueña de hombre de prosapia y linage, imitando hasta lo grotesco, los modales y las maneras de Alberto Terreros y Panchito Landero y Cos. En la mesa del hogar suprimió los frijoles, con el pretexto de que son explosivos y poco aristocráticos; desterró así mismo las tortillas el chile y el atole, importando arbitra-

riamente en el desolado hogar la cocina francesa. Su bondadosa señora, que era enemiga del lujo y las exhibiciones, fué obligada á vestirse á la des- cotada y á circular como una pelota de seda en todos los sitios públicos.

—Tú no eres aristócrata como yo. Delfina—
lia decirle con bafa.

Dió en criticar á la heroica Señora en cuanto
hacía y dijera,

—No me gusta letura de los periódicos, y á tí
Porfirio?

—Se dice lectura y no letura, Delfinita.

Todos esos alfilerazos, amén de los vol evante
calientes, y demás comidas exóticas, fueron minan-
do la salud de la virtuosa señora, hasta que Dios
Nuestro Señor, compadecido de ella, la llamó al
seno de su gloria.

.....
Oblitus—que meorum oblivendus et illis.

* * *

—Prosiga vd Señor Navarro—me acuerdo que di-
je ya picado, al Sr. D. Jnan, que en aquellos mo-

mentos á la luz del gas, asemejaba grandemen-
te á Fausto antes de su metamorfosis:

—Ah! quiere Ud seguir hasta el fin, la evolu-
ción de ese espíritu?.....Síguenosle amigo D,
Sebastián, síguenosle Una vez viudo, quiso
aparecer joven; una vez joven quiso aparecer her-
moso.....Vístiose ó vistiéronlo como un dan-
dy, cargáronlo de perfumes como un camello
árabe de mirra; enseñáronle el argot de la calle
de Plateros, y al fin, hicieron del digno militar de
71, un irrisorio muñeco traído, llevado y mano-
seado por unos cuantos petardistas de guante
blanco. Puedo á Ud citarle los nombres de los
que tamaño mal hicieron: Jorge Hámeken, los
dos Rincón Gallardo, Alberto Trigueros; los
Landa; el cojo Adalid; Sierra Méndez Lascu-
rain & Naturalmente en medio de esa
sociedad más típica que hípica, Porfirio Díaz
cobró repulsión á sus viejos y rudos compañeros
de armas, á quienes todo debía: por los brillantes
advenedizos que todo le debían. La presencia
de aquellos le traía á la memoria padecimientos
y quebrantos mientras que lo de estos otros no era
más de un continuado festejo en el que voltijea

ban las luces y los perfumes. A esos dos fenómenos de segregación y asimilación, sucedió otro, más grave y morboso: el amor de viejo. Cuando este último comenzó á desenvolverse en él, ya tras de sus idiosincracias, la avaricia, se iba vaneciendo al ruido de la champaña descorchada. El Sr Díaz ha sido siempre no diré mezquino, tacaño de medio á medio, vicio muy raro en un noble profesión militar. Cervantes lo ha dicho con gran donosura en DON QUIJOTE, y la condición que tenía de ser liberal y gastador, le precedió de haber sido soldado los años de su juventud, que es escuela la soldadesca donde el mequino se hace franco, y el franco, pródigo, y algunos soldados se hallan miserables, son monstruos que se ven raras veces. Ese monstruo era Porfirio Díaz. Con decirle á Ud. que se catimaba las ouzas de paja dadas á su caballo cuando lo necesitaba tanto para correr, está dicho todo.

—Hombre, hombre, Don Juanito, ¿es posible todo eso?

—Amigo y Señor Don Sebastián, nada que le recomiendo el sigilo. ¡Tienen tantos

dos las paredes.

—Siga vd; aquí no hay un Alfredo Chavero, ni un Gastañeda Nájera.

—Pues bién el momento histórico se aproxima no pierda vd una silaba de esto que voy á decir Pero antes véamos qué hora es..... ¡Las nueve! terrible trasnochado. amigo y Sr. Don Sebastián; unos minutos mas y me despido.

—¿Otra copita de coñac?

—Pero hombre si hemos coleado ya tres: ¡venga la última, qué caray.

—Don Porfirio suspiraba y suspiraba hasta quebrar con sus suspiros las duras rocas: en ese estado patológico, del Sr. Díaz, el joven Hámeken concertóse con Romero Rubio para curar la melancolía del enamorado guerrero. Un Ex-Presidente viudo y con probabilidades de ser presidente una vez más, si no es que toda su vida, es lo que se llama matrimonialmente, un buen partido. Así principió la struggle for life: los Rincón hubieron querido emparentar con el Sr. Díaz, pero desgraciadamente no tenían hermanas ni hijas casadas; en la misma desagradable situación se hallaban los miembros del Club de Caza y Pesca Jo

key Club & c. Y era preciso casar al Sr. Díaz de dejarle en el aislamiento de la viudedad cuando alcanzaba la cuarta juventud, hubiera sido, inhumano. ¿Pero qué patricio ilustre, qué magnánimo varón tendría el abnegado desinterés de calmar los dulces tormentos del amartelado caballero: emparentado (espiritualmente se entiende) con él? ¿Quién?

—El Sr. Romero Rubio

—Chist! es ya senador.....

—¿Pero es ó no suegro de mi ilustre rival en la presidencia?

—No lo es todavía: lo será el mes que entra.

—¿Y es ya senador?... Oh! los suegros van muy de prisa!

* * *

—De las cenizas de ese holocausto—prosigue el Dr. Navarro—nació el fénix del lerdismo—digo que nacerá, cuando el holocausto se verifique. [Hombre me siento algo achispado, amigo y Señor Don Sebastián.] Y del carro triunfante de Cupido tirarán Gochicoa y Villada, Pedro y Jo-

quín Baranda, los hermanos Barrosc, Faustino Fernández y Pero hombre ¿en que consiste que nuestra generación se ha degradado? Oh! virtud! ¿serás tu solo un fantasma?

Y después de una pausa, continuó con sarcástica aspereza.

—El motor de esa evolución no ha sido el vapor, ni la imprenta, ni la electricidad, ni el fónografo..... Ni Fulton, Guttemberg y Edison tienen vela en ese himeneo (ó entierro comoquiera llamarle] Ha sido sencillamente una mujer!.....una mujer!.....una mujer!...

Y concluyó en tono zumbón

—Lo que soy yo trato con respeto hasta la criada de mi casa: ¡quien sabe si mañana será la mujer de algún presidente de los Estados Unidos!.....

XIV

CORDON SANITARIO

Las enfermedades morales suelen ser tan infecciosas como la viruela negra y el cólera morbus:

el inquisidor que prohibió en España los cuentos de Boccacio, procedía con tanta justificación como la autoridad que en nuestros días establece las cuarentenas á los buques infestados.

Nadie tiene derecho á corromper, física ni moralmente.

Obedeciendo á esa ley higiénica de la propia conservación, procedí á establecer un cordón sanitario entre mi domicilio y la correspondencia que recibía de México: todas las cartas procedentes de mi patria sufrían la fumigación de manos de mi secretario Espinosa. Las que en el sobre traían la letra de los lerdistas mis amigos, iban á dar al fuego sin juicio de apelación.

De leerlas pudiera haberme contagiado: no impunemente se pasa por un lugar infestado.

Espinosa tenía orden de pasarme todas aquellas epístolas que tuvieran un sello extranjero, lo mismo que la de introducirme á los extranjeros que desearan visitarme.

Una mañana, después del almuerzo, se presentó en mi estudio el maitre d' hotel con una carta certificada en la mano.

—¿Será que el Sr. Romero Rubio insiste en es

cribirme? pensè yo no sin profundo disgusto.

Mas ví el sello de la misiva y me tranquilicé. tenía timbres de la Habana.

Vamos, vamos; qué contendrá esto?

Y abrí la carta con temblorosa inquietud: decía así:

“La Habana, Julio de 1881.—Sr. D. Sebastián Lerdo de Tejada!—Nueva York— Muy respetable y distinguido señor: Quien diría que después de 14 años, Señor Lerdo, vd. el vencedor de entonces y yo el vencido de aquella época, nos halláramos en análogas circunstancias en el extranjero! A Ud. por defender la libertad se le llama tirano; á mi, por defender la religión se me llama traidor. Si vd andaba atinado en sus opiniones y yo errado en mis creencias, el resultado final ha sido el mismo, el destierro.

En nuestro destino final existen singulares coincidencias, siendo una de la más extraordinarias, la de que el hombre que causó la ruina de Ud. fué el escojido por la Divina Providencia para salvarme la vida: ya vd comprenderá que me refiero al Sr. Genral Díaz personalidad á la que después de Dios y de la memoria de mi Empera

dor Maximiliano, venero sobre todas las cosas, entendiéndose que esa veneración no llega hasta privarme del derecho de quejarme y de decir verdades quejas y verdades que juntamente leerá en el presente“

• Muéveme el escribir á vd. de preferencia á ningún otro de mis correligionarios, dos razones especialísimas; siendo la primera la condición que tiene Ud. de proscrito, y ageno ya, á lo que sé, á las cosas de México; y la segunda su calidad de reformista avanzado y nada sospechoso á los hombres de su partido. Por que lo que tengo de decirle sancionado por su opinión, si llegase á publicarse, tendrá la noble fuerza verídica que mi dicho no alcanzaría aisladamente, y menos confirmado por alguno de los antiguos conservadores del 59.

Si diere vd. á luz alguna obra con respecto á la intervención francesa, esta coincidencia, que es más una confesión, podrá servirle de base sino histórica, si deductiva para apreciar algunos de los sucesos que se verificaron antes y después del sitio de México. Como quiera que estoy escribiendo un libro abundantemente descriptivo

de ese sitio, me abstengo de comunicarle á vd. detalle alguno, y solamente paso á revelarle el hecho capital de mi fuga de aquella ciudad, para que vd. lo comente, anote y archive entre sus papeles, si lo considerare de interés público.“

“Los periódicos del Sr. Díaz han escrito mucho de la llamada traición de mi subordinado el Coronel López; ¿por qué no han dicho una palabra de mi escapatoria de México?“

“Pero vd. estará impacientado, Señor Lerdo, y no quiero abusar de su complacencia: lea vd., si á bien lo tuviere.“

“Plaza sitiada, plaza tomada—decían los antiguos soldados y con ellos nosotros. Pero bien mirado, esto no pasa de ser una frase que la rutina elevó á la categoría de aforismo; son más los sitios que se han levantado que las plazas que se han tomado, desde el de Saint Jaen d' Acre, por Bonaparte, hasta el reciente de Paris. El asalto así como la defensa de una plaza, no es cuestión de número ni de fuerza; es cuestión de ciencia. La verdad del principio geométrico que encierra es indiscutible. Dentro de la plaza de México tenía yo á mis órdenes, multitud de oficiales aus-

griacos y belgas, científicos en su mayor parte, cuyos conocimientos en estrategia, dejábanme maravillado las más veces; es cierto que no estaban bien pagados ni mucho menos, pero habían conservado entero el espíritu de disciplina. Del lado del General Díaz no había más de guerrilleros y chinacos, muy útiles para el merodeo á campaña razo, pero de todo inútiles y estorbosos en un sitio en regla. En consecuencia, pude prolongar el sitio hasta el mes de Agosto, de no ser por una grave diferencia surgida entre mi y el General Tavera: Y las cosas llegaron á tal punto, que temí un movimiento anárquico dentro de la misma plaza. Estando en estas violentas circunstancias, recibí un mensajero con una carta del Sr. Díaz, en cuya carta el jefe sitiador me ofrecía toda clase de garantías siempre que le acordara una entrevista para tratar de la capitulación de la plaza. Pasaba esto el día 5 de Junio de 1867. Respondíle que me era imposible la entrevista personal; pero que me escribiera cuanto deseara siempre que no se tratara de una capitulación. El día 6, en la noche, tuvo lugar un acontecimiento que cambió, sin embargo, mis anteriores pro-

pósitos; estando yo en mi alojamiento con el General Vidaurri y otros oficiales superiores, se escuchó un repique á vuelo de las torres de catedral, siguiendo los otros templos, á la vez que se oían cohetes, músicas, gritos y otras muchas muestras de regocijo. Eran las nueve de la noche cuando esto pasaba; y como yo tenía ordenado que no se hiciera ninguna manifestación pública sin mi permiso, alarmóme la algazara y temi que el enemigo hubiera pasado las líneas fortificadas por medio de una traición. Salimos atropelladamente á la calle yo, Vidaurri, el coronel austriaco Von Boker, y el comandante Villeneuve. La causa de ese alborozo bien pronto nos fué sabida: el Gral. Tavera, había recibido pliegos especiales participándole que el sitio de Querétaro había sido levantado y otras mentiras semejantes. Y sin contar conmigo ni inquirir la certidumbre ó falsedad de esas nuevas, dióles todo el vuelo posible con el fin de alentar el desalentado espíritu de las tropas y de la población. Originóse de esto una seria disputa entre el General Tavera y yo á quien encontré en la puerta del Hotel Iturbide rodeado de sus ayudantes.“

El día 8 pase á recorrer las fortificaciones, encontrando á nuestros soldados perfectamente desalentados; ese mismo día en la tarde, recibí otra carta del General Díaz, no tan apremiante como la anterior, sino que más blanda y llena de promesas tentadoras. El Gral. me proponía abiertamente una entrevista, la que acepté bajo condiciones que en esta carta no me es posible revelar. Pactadas las garantías de una y otra parte, celebróse á las once de la noche, en el punto que se llama Romita, la acordada entrevista. Don Porfirio vestía dormán azul y bota federica: nos estrechamos las manos, sentándonos en un banco de madera situado á dos pasos de una zanja. El General me habló de la precaria situación que guardaba el Imperio; del triunfo de las armas republicanas en toda la República y de la próxima ejecución de Maximiliano. Díjome que Don Benito era un hombre descorazonado y sanguinario, que sus enemigos no hallarían piedad en él, y que no era tan liberal como se lo imaginaban que la mitad del ejército era anti-juarista y que aun él mismo no simpatizaba con Don Benito, pero que le obedecía por evitar disturbios en el par-

tido republicano; que Juárez y sus ministros, finalmente, durante la intervención no habían hecho más de correr en coche de aquí para allá, escribiendo alabanzas propias á los periódicos extranjeros, que les atribuían toda la gloria de la campaña."

"Entrando de lleno en la cuestión díjome que si se tomaba la plaza seria yo fusilado irremisiblemente, tan grande era el odio que me tenían los juaristas; y que si, sin entregarle la plaza, solamente la abandonaba yéndome para el extranjero, él me daba las garantías y los medios de conseguirlo; y que si me hacía esta proposición era porque mi nombre inspiraba verdadero terror entre muchos de sus soldados; y quería evitar mayor derramamiento de sangre"

—"¿Pero no me aborrece vd á mi como sus compañeros. Sr. Diaz? díjele dudando de la sinceridad de sus palabras"

O'No, compañero, he estrechado su mano; á quienes detestó es á O'Horan y á Vidaurri Ah! si no los atrapo

"Se han inventado innumerables consejas de la fuga de México, siendo una de las mas nove-

lecas la de que ocupé durante varios días un nicho vacío en el cementerio de Santa Paula; comiendo más de lo que me llevaba á media noche el sepulturero. No sé en que novela rusa había yo leído una cosa semejante. Los menos dados á la novedad aseguraron que yo había estado disfrazado de carbonero: esas dos hipótesis no tienen ni mérito de la invención. Voy á desvanecer todo ese encanto con unas cuantas líneas de prosa ¡leedme, jóvenes, que os habrán nutrido con las admirables novelas de D. Juan Mateos! ¡leedme! ¡leedme!"

En la calle principal de Tacubaya, á la derecha, llegando por el lado de México, había en 1867 una pequeña casa con ventanas verdes y sombreada por un corpulento fresno. Adentro un largo jardín estaba circundado por elevadas tapias. En esa casa se alojaba, desde principios del sitio de México el coronel T. del estado mayor del Sr. Díaz, y hombre de todas sus necesidades. El 11 de Junio, contando con las suficientes garantías del eminente caudillo republicano, desaparecí de la ciudad de México, refugiándome en aquella casita que me sirvió de santuario.

Se había practicado un pequeño subterráneo en el jardín, de quince pies de profundidad por ocho de extensión en su fondo; un pequeño catre de campaña, una lámpara y mis armas constituían todos los enseres de mi escondite. El Coronel vivía con una querida y dos asistentes, pero á estos y aquella los despachaba fuera á las primeras horas de la noche y allá, á las once, veía él solo con mil precauciones, á traerme los alimentos lo mismo que los periódicos. Decíame cuando me buscaba por todas partes que las escoltas cateaban diariamente las casas en México con la esperanza de encontrarme, que el mismo General Díaz fingía tan á la perfección su tenacidad en buscarme, que había ordenado la baja de un capitán por que no registró un domicilio escrupulosamente como debía, y que los generales á las órdenes del Sr. Díaz eran los más diligentes y activos en buscarme. Cierta día refirióme el fusilamiento de Vidaurri, en otro, el de Horán, y así sucesivamente. ¿Cómo estaría yo temeroso é inquieto, mi destino pendía del General Díaz; y una sola palabra de él era suficiente para enviarme á la eternidad.

Cuando á media noche sentía sobre mi cabeza los pasos del Coronel, no podía evitar el sacudimiento nervioso de mi cuerpo ¡Diós mió! todavía cuando sueño en esos días de angustia y tortura, despierto dando gritos de espanto.

Por fin un mes había pasado de permanecer en ese infierno, que fué mi cielo, cuando el coronel T. me dijo que cojera mis armas, y saliera fuera, que tenía orden de conducirme salvo a bordo del vapor Merrimac.

—Pero me conocerán en el camino. contesté alarmado;

—Todo se ha previsto; venga vd conmigo.

Seguíle en medio de las tinieblas y el silencio abrió una puerta y penetramos en una salita, el coronel encendió luces y sacando una navaja para afeitarse, me dijo: ...

—¿Sabe vd afeitarse solo?

—Es preciso que desaparezca esa barba que está muy crecida.

Le dije que sí pero observando que mi pulso temblaba, aseguróme que había sido barbero en su juventud y que procedería á rasurarme, Quedé completamente desfigurado. y más aún

cuando troqué mi traje por uno del asistente del Coronel T..... A los seis días después alcanzáramos el puerto de Veracruz, y dos horas después me hallaba sano y salvo á bordo del vapor americano, que salía una hora más tarde para la Habana. Al despedirse de mí díjome el Coronel.

—“El General Díaz ha cumplido su palabra! no es el león como lo pintan.....”

“Ahora, Señor Lerdo las quejas son....”

—Hombre! hombre! leoncitos á mi, á mi leoncitos, y á estas horas?

Así exclamando, dejé caer la carta sin concluir de leerla: ¿qué me importaban á mi las querellas de extra oficiales de esos señores? Lo que me asombra y suspende el ánimo es eso de que el Sr. Díaz salvara la vida al Sr Márquez; porque el hijo político del Sr. Romero Rubio resiste á todas las tentaciones, á todas, menos á la de matar y desear la Presidencia.

—Sr. Navarro, llega vd á tiempo: ¿cree vd que Don Porfirio perdonara la vida á Don Leonardo Márquez?

—La respuesta es muy sencilla: ¿era amigo del General Díaz el agraciado?

—No, era enemigo

Entonces lo creo: si ha sido su amigo, no doy una peseta por la vida de Don Leonardo.—Pero entiéndase que lo dice Juan N. Navarro, doctor en medicina y cirugía, y no el Cónsul Navarro.

—Enterado, amigo D. Juanito, enterado.

* * *

Desde ese día; para evitar recibir cartas tan desagradables como la anterior, hice extensivo el cordón sanitario para toda clase de epístolas nacionales ó extranjeras, así como también para los personajes equívocos que de visita en Nueva York, echaban su vitzazo para mi casa, con esa curiosidad estúpida del patán, que pasa horas enteras en la menagerie contemplando la jaula de la águila encadenada.....

XV

BURRO VIEJO Y LUNA NUEVA

Una radiante mañana de la primavera de 1882 me dirigí al turf de Coney Island, invitado por

uno de los miembros del Jockey Club de Nueva York; los médicos me habían prescrito mucho ejercicio al aire libre, alimentación nutritiva y abstinencia completa de labores intelectuales se me había impuesto ese régimen debido á la sensible postración cerebral.

Revestía tal gravedad que mis ideas comenzaban á ser vagas é indecisas como estrellas de invierno en estos cielos del Norte. Una idea sobre tolas se había incrustado en mi cerebro como el coral á la roca marina, la traición de unos cuantos mexicanos y la indiferencia de la mayor parte. ¿Harán una manifestación popular para llamarme á la patria?

Después de pelear tantos años por la libertad solo ha recorrido un círculo vicioso, viniendo á caer de rodillas ante el sable. En vano quería espantar esa idea que me perseguía como aguijón de mosca en úlcera abierta. ¡Imposible! Y las horas pasaban con los días, y los días con los meses; y los meses con los años, y allá en México, ni una revuelta que acuse virilidad, nada, ruido de botellas, armonías de tabernas, de garito y de cuartel

—¿Pero que me importa todo eso? veamos Turf. Ah! ese caballo se llama Kinston, y aquel otro de color anaranjado es Prince Royal! Los corceles parten con la velocidad del huracán; de repente uno de los jokeys, á media carrera, cae á tierra precisamente frente á mí ¡ Hombre lo mató y medio muerto se quedó inanimado: yo me acerqué, y ví que movía los dedos murmurando: my whip Ah! pide su látigo.

¡Oh poder de la idea fija!

Y torné á pensar en México.....

**

Al día siguiente, al leer el Herald, me encontré con el delicioso párrafo que á continuación traduzco y que he conservado como un modelo de reporterismo yanqui.

“Un reporter del Herald ha sido el primero en entrevistar á Mr Mrs Porfirio Díaz, lo mismo que al señor su suegro y otros distinguidos mexicanos que se hospedan en el Hotel B. El General es un hombre de color bronceado, ojos duros y bigote áspero, su estatura es elevada, y

sus maneras son las de un soldado. Es hombre de edad madura, aunque representa apenas de cincuenta á sesenta años: no habla más idioma que el español, y tuvimos que entendernos con él por medio de un intérprete. Mrs. Diaz es una joven blanca y delicada, tan joven que parece ser hija del que es su consorte. A este particular nos refiere el intérprete la siguiente anécdota: entre Chicago y Nueva York entró al mismo carro, ocupado por los ilustres viajeros mexicanos. un joven millonario de Chicago, cuya familia ha acumulado millones degollando puercos. Impresionado á la vista de la bella flor de los trópicos, y juzgándola hija y no esposa del General Diaz, Mr. Bacon [asi se llamaba el joven] se enardeció al extremo de seguir á los honorables extranjeros hasta el Hotel, con la esperanza de adquirir allí el nombre de la linda incógnita. Y cuál no sería el desencanto del Hamlet chicaguense, sabedor de que la dama perseguida no era Miss, sino Mrs Diaz? Es decir, no una Señorita sino una Señora. Salté de la cama echando al aire las sábanas: me impresionó más esta noticia que la recibida después del triunfo de Tectac. Porque ésta solo

amenazó mi vida, mientras que aquella ame-
ba mi dignidad, que yo estimo más que la vida.
Digo mi dignidad; porque los notables huéspes
tratarían indudablemente de visitarme, cosa
difícil de evitar que los pronunciamientos de
taño del benemérito caudillo: si los recibía
dría que estrechar la mano de un enemigo
leal y la de un amigo mucho más desleal y pe-
groso que el enemigo mismo, situación nada
gradable para un temperamento nervioso como
el mío. Ahora dado el portentoso cinismo de
suegro y el yerno, al ofrecerme una posición
cial por conducto del Sr. Hámeken, era de temer
se que tuvieran la audacia de hacer irrupción
mi domicilio, y al tenerlos dentro, claro es que
podría arrojarlos con la escoba sin violar las
yes de la hospitalidad, que me son sagradas
las de la decencia que me son geniales.

Ante béllum puse mis habitaciones en riguroso
estado de sitio, ordenando á Espinosa que no
jara acercarse á ningún sospechoso, declarando
sospechosos también, á los Srs Navarro y Al-
rado, que podían ser fácilmente cohechados por
guiar hasta mí á los Sres Díaz y Romero Rubio.

El asalto no se hizo esperar, ese mismo día, á
la seis de la tarde; recibí por el teléfono interior
la siguiente parte:

—Señor Lerdo!

—Aquí estoy.

El enemigo avanza sobre la derecha, mírelo
con precaución!

—Enterado. Vuelva Ud. a su puesto de guar-
dia.

Este Espinosa vale oro en cuarzo;

Me acerqué con pasos de gato á la ventana de
la derecha, levantando la cortinilla muy suave-
mente. Por la acera de la izquierda venían tres
personajes de más extraña estatura: en su con-
torno de pugilista y mal llevada levita, recono-
cí en el más alto á Don Porfirio Díaz. Seguía
una persona regordeta que menudeaba el paso
Romero Rubio. Y cerraba la marcha una perso-
na negra vestida de verde — algún general
mexicano [1] La columna de asalto miró por
un instante mi casa, aproximándose después, re-
ta á la embestida.

[1] El Gral. Martín González.

No remordimiento de esos que afectan la conciencia [que ellos no la tienen] individual, sino más bien la colectiva: mientras yo permaneciera en el ostracismo, mi actitud se definía en México como una protesta á todos los actos del gobierno. Una reconciliación, implicaba lógicamente una sanción: sanción del poder usurpado y de todos los actos de su procedencia. En el espíritu público, un acto de esa magnitud hubiera acallado muchas murmuraciones y destruido en germen una revolución que hoy fermenta en el alma nacional.

Se comete un fusilamiento en masa, v. g. como el de Veracruz: oíd como ese espíritu público se expresa:

—“Don Sebastián no habría perpetrado semejante atrocidad.”

Se hipoteca la patria con onerosos empréstitos en el extranjero”

—D Sebastián no lo hizo; es un buen mexicano

Se amordaza á la prensa, se le humilla y se le envilece:

—Don Sebastián, verdadero liberal. jamás soñó en un tan odioso despotismo.”

El pueblo emite un reproche y le da fuerza con una similitud personal: esa personalidad—que es la mía—va asociada con una serie de hechos paralelos.

¿Como debilitar esa oposición que tiene, por decirlo así, una encarnación?

Suprimiéndome á mí—eso es evidente; pero no suprimirme como hombre, sino como un simbolo del derecho. Para llegar á esta última solución no había más medio que el de una transacción, una vez hechas las paces se me suplicaría volver á México, como ya se me habría brindado con un puesto diplomático. Mi retorno al país se habría interpretado como un reconocimiento tácito del actual orden de cosas, disminuyendo, si es que no extinguiéndose del todo, la pasiva hostilidad y repulsión que inspiran al pueblo los nombres de Díaz y de Romero Rubio. Porque los mexicanos somos como los granos de pólvora: sólo, nada hacemos, pero juntos, hacemos explosión.....

Luego, así el suegro como el yerno, ó sea ó Herodes y Pilatos al llamar á mi puerta con fenomenal cinismo y sin antes proveerse de una máscara de bronce, lo hacían impulsados por un refi

nado egoísmo y una dolosa ambición. Yo les abandono al desprecio nacional!

Y no sé, en verdad, cual de los dos será el más despreciable, si el que vendió á la hija ó el que la compró.....

Ocho mortales días duró el estado de sitio; noveno, pregunté por teléfono al Sr. Navarro:

—Se fué yá l' homme qui pleure?

Y una voz, que sospecho no sería la del Sr. Navarro, por lo gangosa, me respondió:

—Ya se fué con l' homme qui vende!

XVI

EL "ROUGE ET NOIR"

Cuenta Rabelais en su libro Gargantua y las primeras palabras que pronunció este gigante, fueron:

—A beber! á beber!

El gobierno del Sr. Dfaz que ya es gigante el vicio balbuceó desde su infancia estas otras:

—A jugar! á jugar!

Entre la baraja y la roleta, ha nacido la generación de 1879.

Cuenta 10 años de vida, está todavía en la infancia, pero sabe distinguir con más claridad una sota de bastos, que una línea tanjente en geometría ó un diámetro polar en geografía.

Es indudable que las primeras impresiones son las más indelebles: el gitano que desde niño ve practicar el escamoteo, sale tan suelto de manos, que ratea hasta los mismos bolsillos del padre que lo engendró.

Háy en el muchacho la idea refleja que hay en el mono: hace lo que ve hacer sin verlo que hace.

Un amigo de Mexico me escribe á este respecto un episodio.

Cierto día, me dice, salí con mi hijo que apenas hace pininos, con el objeto de comprarle algunos juguetes: en vano recorrí todas las tiendas donde estos se venden, enseñando á la criatura, ya caballitos de palo, ya soldaditos de plomo á hora cochecillos, más allá muñecos de todas formas; y nada le agradaba, y seguía haciendo pucheros. Por fin; en la última visitada había mi-

niaturas de roleta con su correspondiente juego de colores: ver estos juguetes y abalanzarse sobre ellos el niño, todo fué úno. No sin acordarme compréle la roleta. cavilando el por qué mi Joaquinito había concebido tan ex r r ño pricho. No podía ser hereditario, por que ni ni mis padres, ni abuelos hemos jugado en la da..... Procuré aclarar el misterio, y á los pocos días lo descubrí era que la pilmama sistía con el niño en brazos á la casa de juego de la calle del Coliseo.

En mi administración no se permitió ningún juego de azar: de aquí que los taures se convirtieran en mis enemigos.

Qué otra cosa era el Gral, Díaz sino un alborotador revolucionario?

Me acaba de llegar una carta en que se da cuenta de un suceso trágico originado por el juego: la muerte del conde Joanini, ministro de Italia en México:

Extracto lo esencial:

Se acaba de suicidar el conde Joanini, que Ud conoció en Nueva York, Inicióle en los misterios del tapete verde el Gral Pacheco, y au

diego que entre éste, Díez Gutiérrez y Naranjo se despojaron de diez mil libras en su iniciación diplomática quiso resarsirse de esa pérdida recuentando las casas de Alfaro y Martel, es de ir, buyendo de los perros, fué á caer en garras de los lobos. Excuso decir á vd que si aquellos se desplumaron, éstos lo desollaron vivo. Viéndose perdido, el desdichado noble italiano recuó nuevamente al Sr. Pacheco, jugando con éste perdiendo en una noche, todas las joyas de la condesa, que el descorazonado cojo tuvo la impudencia de aceptar sin ningún remordimiento. Joanini volvió á su casa á las cuatro de la mañana, en el carruaje de Pacheco; se vistió con esmero de rigurosa etiqueta, fué á dar un ultimo beso á sus hijos, cuando ya la mañana clareaba y embarrándose en su estudio, se disparó una pistola de duelo en el oido derecho. Esa tragedia es el tema de todas las conversaciones en esta ciudad. El Sr. Romero Rubio cuando era ministro de ministerio, se había empeñado en que permitiéranos el juego, y me decía, con ese refinado cinismo que le es genial:

—El vicio del juego, Señor Presidente, está en

el temperamento nacional: autorizándolo no lo
cemos más que obedecer á las leyes de tradición
y á una exigencia del instinto mexicano.....

—Pero Sr. Ministro—le respondía yo asombrado—el didero procedente de todo juego de azar trae la desgracia.....

—Escrúpulos, Señor Lerdo, escrúpulos y nada más: el dinero no tiene olor..... non olet. como decía nuestro maestro de latín.....

El día que recibí la carta anunciándome la muerte de Joanini, era el de mi natalicio: cumplía sesenta y cinco años de vida, y me hallaba tan solo como cuando estaba en el vientre de mi madre. Oh! si mi cuna está muy lejos, mi sepulcro no está muy distante! Mi cuna! queda allá en Jalapa, escondida entre flores y nubes! Tenía cuatro años, en Abril de 1829, cuando vi pasar por Jalapa al Presidente Guadalupe Victoria en un caballo prieto, sonriente, con un gran sable que brillaba como un chorro de agua á la luz del sol.....Le arrojé un ramo de flores mientras mi hermano Miguel me sostenía en los hombros, para alcanzar al borde del cercano cerro de Montañas azules, cielo radiante.....[pero

quien llama á la puerta, debe ser el Sr Navarro;

Es tiempo ya de presentar á Uds al Sr Juan Navarro, cónsul endémico de México en Nueva York. Es un indito de la misma tribu de Don Juan N. Méndez, alto huesoso de piel áspera y pergamínada, de piocha y bigote conos y de cabellos blancos tan blancos. que de lejos parecen un turbante en una cara de viejo beduino. No obstante sus setenta años está mas bien conservado que un chile en vinagre; representa apenas cincuenta. No le hace un servicio á nadie pero ni lo pide tampoco. Dice que su patria la lleva en el bolsillo. y dice bien. La muerte de la primera mujer y de la hija en un mismo día, de veinte años, envolvió á ese espíritu en densas sombras que el tiempo no ha podido disipar todavía. Dice que la vida es para el cristiano, una prueba, para el brahama; una carpa; para el budhista un peño; y para el pesimista una pesadilla.....para Don Juan Navarro, que no es cristiano, ni budhista; brahama, ni siquiera pesimista la vida es el consulado, y el porvenir es el consulado de Nueva York. Así como no se puede concebir al Sr. Díaz sin el llanto y la presidencia, á D. Juan

no se le puede imaginar sin el consulado! Es tan económico, que si la noche le llega á sorprender en la calle, se quita los zapatos para no gastarlos y sigue adelante descalzo, si llueve, se quita el sombrero y cierra el paraguas, si tiene hambre bebe agua, si sed, come pan, todos los días se lleva al consulado en la bolsa del sobre todo el almuerzo de la mañana, consistente en algunos mendrugos. Sus dientes son blancos y aguzados como los de un javalí en invierno, ó los de un beato en tiempo de cuaresma. A pesar de esos ligeros defectos, conozco que tiene por mí, gran predilección.

—Primeramente, amigo y Sr. Don Sebastián—dijome al entrar—saludo á Ud deseándole muchos días como éste.....

—Gracias, hombre, gracias.

—Después, me permitirá que le riña por haber desatendido la súplica de su ahijada.

—Cual ahijada, hombre, cuál ahijada?

—Carmelita Romero Rubio, que escribió á Ud rogándole que recibiera á su papá y á su esposo á Romero Rubio y á Díaz, á quienes Ud. tuvo la dureza de dar con las puertas en la cara.....

—Mire vd, Don Juanito, hablemos de otra cosa, que estos asuntos me ponen más nervioso que una doncellona.....

—Al contrario, Sr. Lerdo, hablemos del asunto.....¿Sabe vd que la actitud de crueldad observada por vd estuvo á punto de dejarme sin el consulado? Y sin el consulado, la vida me es perfectamente odiosa, si señor, odiosa.

—Pues escuche vd Sr. Navarro. la carta que me dirigió mi ahijada Carmen con ese motivo, voy á lérsela á vd con todos sus puntos y sus comas:

“Nueva York, Abril 21 de 1883.—Señor Don Sebastián Lerdo de Tejada.—Mi muy querido padrino: Es tal el gusto que tengo al escribirle y la ansiedad que siento por verle y abrazarle que quisiera que el día de hoy fuera el de mañana y el mañana durara mucho tiempo. Papá en tregará á vd esta carta, sino en propia mano momentos antes de verle. Porque le verá vd., ¿no es verdad, querido Padrino? Va acompañada de mi esposo el General Diaz que también espera verie y reconciliarse con vd. Si supiera vd padrino, qué bueno y generoso es mi marido

“le perdonaría vd todos los males que involuntariamente le ha causado. El está deseoso de que vd vuelva á México, tan deseoso como Papá y mamá; sus enemigos le calumnian presentándolo como un hombre cruel y rencoroso, siendo el reverse humanitario y generoso como pocos. Oh! Padrino, padrino, cuánto tengo que decirle cuando hablemos á solas! Dios perdone á sus enemigos en la cruz; perdonará vd á Papá, que lejos de ser un verdugo, solamente ha sido muy desgraciado. Hoy irán á verle, y como no dudo que vd los recibirá, ya me preparo yo para tener la gran dicha de verlo y quizá volveremos juntos á México, como quedo de rodillas pidiéndoselo á una virgen de Guadalupe que he traído conmigo—Le manda mil expresiones de cariño su ahijada.

CARMEN”

—Ah! ¡llora vd Sr Navarro?

—Es que me acuerdo de mi hijita.....

—Si he mostrado á vd la carta de mi ahijada, Sr. Navarro, ha sido para demostrarle que si no accedí á la plegaria de una señora, ménos podía acceder á la intervenció n amistosa de un cónsul.

—Tiene Ud. razón, amigo y señor Don Sebastián, y haga Ud cuenta que mis palabras son tajos en agua y ya que se trata de confianzas diré á Ud. que el Gral. Díaz se ha cubierto de ridículo en los Estados Unidos. No tiene maneras, no sabe vestir, ni mucho menos hablar ni estar entre gentes. Figúrese Ud. que en la recepción del Club.... escupió en las alfombras y estuvo á punto de salir por un espejo.... Hace poco que recibí una carta de Nueva Orleans en la que me decían lo siguiente: “Hoy en la mañana se embarcó Díaz y su “menagerie” en el vapor Whiteey que va para Veracruz. Quiso el diablo que á esa hora se hallaran en la calle de Canal, el Gral. Martínez y otras personas de mundo, capaces de burlarse del lucero del alba Díaz y su comitiva iban en procesión: nuestro Presidente en vez de vestir traje de camino, iba de chistera de seda, frac, chaleco y corbata blancos. Alguien creyó que era un agente de circo, y los muchachos corrían tras él gritándole:

—Stop! Stop! Clown! Clown!

Y para remachar el clavo, dirigió un ceremo

nioso saludo al General Martínez, quien volvió la cara á otro lado asqueado por tan repugnante desfachatez. A los que somos partidarios sinceros del General Díaz, nos duele que á cada paso se ponga en ridículo.

Después de leer esa singular epístola, el Sr. Navarro la arrojó al fuego, guardando las cenizas el nombre del autor.

* * *

—Y sabe Ud, Don Juanito, que el juego está haciendo estragos en México?

—Ranciedades, amigo Don Sebastián, nada más que ranciedades. El juego si para ciertos pueblos es un vicio, para México es una necesidad no solamente política sino sociológica; Para muchos de nuestros paisanos el trabajo es una de las cosas más fastidiosas; y el juego y las revoluciones tareas divertidísimas; luego tienen que jugar ó revolucionar: si lo primero, ellos solos se dañan y dejan en paz al gobierno; y si lo último dañan al gobierno no dejándolo en paz. Y como la tranquilidad es la base de la moralidad públi-

ca, tiene vd. que el juego es en política un elemento moralizador. En el tapete verde hay dos fuerzas de antagonismo, perfectamente equilibradas: la del que pierde y quiere desquitarse, y la del que gana y quiere ganar más. Al uno y al otro, nada les importa la forma de gobierno: su actividad intelectual gravita en éstos dos vocablos respectivamente la ganancia y la pérdida. Anteriormente se acumulaban fortunas por medio de las revoluciones; al presente se adquieren por los albures y las loterías. Así, en sana lógica, el gobierno del General Díaz ha obrado sabiamente en permitir y fomentar toda clase de juegos: yo prefiero ver á México convertido en un inmenso tapete verde, que transformado en grandioso campo de batalla. Y adviértase que no habla el conde, sino Juan N. Navarro,

—Pero compadre Navarro tiene vd. la ferocidad de un Schpenheaur.

—Ha dicho vd. de un jaguar?

—Nó hombre, me refiero á un pesimista alemán.

—Es lo mismo pero yo lo juro por la ceniza de mi cigarro, que si vd. hubiera autorizado albures y loterías, esta es la hora que Jambe de